

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | | |
|---------------------------------|----|---|
| | 5 | Las edades de la vida |
| <i>Julia Alessi de Nicolini</i> | 6 | Los doce años |
| <i>Carlos Hoevel</i> | 9 | El joven |
| <i>Luis Baliña</i> | 27 | La crisis de la mitad de la vida |
| <i>Lucía Piossek Prebisch</i> | 34 | La vejez |
| <i>Erich Kock</i> | 41 | El filósofo ante la muerte. Llegamos adonde partimos.
In memoriam Josef Pieper. |
| <i>Carlos Schickendantz</i> | 50 | Muerte, purificación escatológica e integración del hombre.
Una contribución de Karl Rahner. |
| <i>Carlos Valiente Noailles</i> | 60 | Reflexiones en torno al ciclo vital de los bosquimanos |
| <i>Santiago Kovadloff</i> | 82 | Caín doliente |
| <i>Alberto Lago Freire</i> | 90 | La entraña del cristianismo, de Olegario González de Cardedal |

Los doce años

*por Julia Alessi de Nicolini**

Algo pasa a los doce años. Algo termina, como el flujo de sangre de la mujer, enferma desde hacía doce años, que no había podido ser curada por nadie hasta que tocó el manto de Jesús. Algo comienza, como la vida nueva de la hija del jefe de la sinagoga, resucitada por Jesús, que se levantó y se puso a andar, tenía doce años. Tanto en Mateo (9,18-26) –quien no menciona la edad de la muchachita– como en Marcos (5,21-43) y en Lucas (8,40-56), la narración evangélica entrelaza los dos milagros, intercalando la curación de la hemorroísa en el diálogo del Señor con el padre de la niña.

Sólo una vez más aparece en los Evangelios la frase “doce años” (Lc.2,42); es para referirse al primer viaje de Jesús a Jerusalén, pues la obligación de viajar cada año para acudir al templo –propia de todo israelita varón– “comenzaba a regir para los niños a los doce años, en vísperas del Bar-Mitswa que, a los trece, les constituía en elementos de pleno derecho del pueblo sacerdotal”.¹

Algo terminaba y algo empezaba a esa edad; algo terminó y algo empezó con ese viaje. ¿Qué pasa a los doce años? El hecho de que ese episodio del Jesús “doceañero” sea uno de los misterios gozosos del Rosario (el último, como se sabe, y eso tampoco hay que descuidarlo: algo termina...) ese hecho puede ser significativo.

* Profesora de Filosofía, San Miguel de Tucumán.

1 - José Luis Martín Descalzo, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1988, p.189

La alegría implícita en esos cinco preciosos momentos del evangelio de la infancia no debe hacer olvidar el cupo de desazón que cada uno de ellos conlleva: el desconcierto de María ante el anuncio de Gabriel, su cansancio por el viaje hasta la casa de Isabel, la angustia por no encontrar reparo para el parto inminente, la profecía ominosa del corazón materno atravesado por una espada, la conmoción –por fin– frente a la desaparición del niño (¿niño?) que decide por su cuenta permanecer solo en Jerusalén para escuchar y preguntar a los doctores y el desasosiego ante su insólita respuesta al amoroso reproche de la madre.

Esas pinceladas de tristeza dan un tinte especial –¡tan humano!– al gozo de los cinco misterios; y ésta es tal vez una de las pistas que ofrece este minidrama, con final feliz, del muchacho perdido y encontrado: el paso –¡tan humano!– de la niñez a la adolescencia (los doce años) es a la vez fácil y difícil, comprensible e inquietante, regocijo y pesadumbre.

Por otra parte, ya fue dicho, el niño-no-tan-niño decide por su cuenta, hace gala de una autonomía que es síntoma de creciente madurez; hay en su actitud y sus palabras, “las primeras palabras tuyas que conocemos”², una firmeza y una serenidad asombrosas; ¿de dónde brotan? Martín Descalzo lo explicita cuando pone, al capítulo dedicado a ese episodio, este título: “un muchacho arrastrado por el viento de su vocación”.³

Es, evidentemente, una cuestión de saber recibir llamados y saber ofrecer respuestas. A los que ya hemos superado esa especial coyuntura de los “doce años” nos toca la seria tarea de saber llamar, de enseñar a escuchar y a responder, de transmitir criterios para discernir vocaciones y jerarquizar respuestas; y todo eso sobre la base de testimoniar tanto la docilidad de los llamados del Padre como los modos sabios de ser respondedores responsables de esas vocaciones. Y también nos toca recibir sin demasiada sorpresa y aceptar con la suficiente generosidad las contestaciones asombrosas del “doceañero” de turno que empieza a sospechar oscuramente que él no es nuestro, “ni de nadie, ni siquiera de sí mismo”.⁴

2 - Ob. cit., p.194

3 - Ob. cit., p.189

4 - Ob. cit. p. 194

Cuando ese proceso se pone en marcha resulta inevitablemente difícil y costoso, para el "doceañero" y para los demás. Vivir no es nunca fácil (ya lo decía la Mafalda de Quino: "por supuesto que la vida es linda...pero hay muchos idiotas que confunden linda con fácil"). Vivir los doce años puede ser especialmente arduo: algo así como ir abandonando otra vez el claustro materno, algo así como ir cortando otra vez el cordón umbilical: conquista progresiva de la autarquía personal al precio de la tranquila seguridad abandonada. Es uno de los momentos críticos del crecer, donde el cambio es más abrupto y la necesidad de distinguirse y distanciarse puede añadir una arista de dureza a los reclamos: "¿Por qué me buscaban? ¿No sabían...?"

El texto de Lucas deja claro que el distanciamiento no llega a la ruptura ni la crisis es en modo alguno definitiva, pues Jesús bajó con María y José a Nazaret "y siguió bajo su autoridad" (Lucas 2, 50). Pero el casi adolescente que decide "perderse" debe haber sentido que su niñez estaba terminando, que estaba empezando otra etapa. Quedaban atrás su infancia en el secreto del hogar, sus decires sin resonancia en la memoria de otras gentes, su pertenencia no cuestionada a la familia del carpintero de Nazaret. Por primera vez Jesús se hace presencia sorprendente en medio de un grupo de extraños, pronuncia palabras inesperadas que dejarán perplejos a los oyentes, alude al misterio de su filiación divina. Está preanunciando lo que vendrá después; pasarán unos veinte años hasta que sepamos de él nuevamente, pero fue cuando tenía doce que intuyó cuál sería su rumbo.

Más allá de que, tal vez, ese momento especial esté hoy de algún modo desfasado, y los procesos de maduración sean actualmente –según dicen– más lentos (y los doce años sean ahora más bien catorce o quince), Cristo, en este relato evangélico, está diciendo mucho y muy sabroso acerca del tránsito hacia la madurez y la fidelidad a la vocación, acerca de la libertad y sus límites. Como siempre, lo está diciendo a la vez con su palabra y con su vida. Como siempre, es cuestión de tomárselo muy en serio.